

ner conferencia con Amman, recurrimos al último expediente: enviar a nuestro representante junto al rey Abdullah un telegrama, en el que le declaráramos nuestros apuros. Aguardamos con tal impaciencia que los minutos se nos hacían horas, y, al fin, ya entrada la noche, llegó la respuesta milagrosa:

—Mandato real: vengan como sea.

Ante estas palabras, la Agencia se ablandó. Había aviones para la mañana siguiente; el primero saldría a las siete; el segundo, una hora más tarde, y el tercero, a las diez.

Pero ahora surgía esa nueva dificultad: un viento huracanado, acompañado de una lluvia torrencial. Por vez primera veíamos un cielo hosco y turbio desde que estábamos en Oriente.

A pesar de todo, el primer avión remontó el vuelo. Todo se redujo a un retraso en la salida. Los demás despegaron también animosamente. Y nadie tuvo miedo, nadie pensó en peligro o molestia. Era preferible toda incertidumbre a quedarse en las puertas mismas de la tierra prometida, como en otro tiempo Moisés.

Yo debía viajar en el último avión, que empezó a alejarse de Beyruth cerca de mediodía, cuando el aguacero había cesado y las nubes corrían a refugiarse al otro lado del monte Líbano. Nada me impediría ya divisar desde la altura el aspecto de la tierra que iba a atravesar, aquella tierra sagrada que había visto descrita en libros inolvidables, que yo mismo había tratado de describir más de una vez con atrevida pluma.»

—«¡Jerusalén a la vista!

Nuestro piloto empezaba a maniobrar, preparando el descenso, y sin darnos casi cuenta nos encontramos en un aeródromo, estrecho y mal acondicionado, rodeado de campos áridos y de pedregales.»

—«¡Ayer, a estas horas! —le decíamos a nuestro ministro—, habíamos renunciado a venir, y todo lo considerábamos perdido. ¿Cómo ha podido conseguir usted nuestra entrada?

—Ustedes no creen en los milagros, pero yo sí, porque vivo en Tierra Santa— contestó él.

¡Esto lo ha hecho usted, y no creemos que ande usted por estas calles y estos caminos arrojando demonios y resucitando muertos, a semejanza de Nuestro Señor...»

Ahora los Padres Franciscanos circulan entre nosotros, poniendo en orden a los peregrinos. Mientras nos alineamos contemplamos la fachada de la basílica. Es una masa pulverulenta y agrietada, hendida por dos grandes puertas románicas del tiempo de los cruzados. Sólo una está abierta, y a través de ella divisamos, en la semioscuridad del interior, docenas de lucecitas.

Aguardamos con impaciencia la señal de avanzar.»

«Había llegado, al fin, la hora de penetrar en el lugar mismo donde el Cuerpo del Señor reposó durante dos noches y un día, el que fué testigo del dolor de la Magdalena, de las lágrimas de la Madre, de la gloria de la Resurrección.

—De cuatro en cuatro —dijo un franciscano—, y que no den rienda suelta a la devoción, porque no acabaríamos hasta mañana.

Avanzamos dispuestos a seguir esta consigna. Subida una escalera nos encontramos en un pequeño vestíbulo, que según la descripción que nos hace San Cirilo de Jerusalén fué en otro tiempo la antesala de la tumba. Aunque no es propiamente una capilla, se le llama Capilla del Ángel, pues según la tradición es allí donde las piadosas